

INTRODUCCION

MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER, UN HOMBRE A LA MEDIDA DE LA IGLESIA

FRANZ KOENIG

Desde el primer momento, he considerado un arriesgado privilegio la invitación a encabezar las colaboraciones de este número especial de *Scripta Theologica*, dedicado a la persona y al pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer, con ocasión del 50.º aniversario de la fundación del Opus Dei.

Privilegio, prologar un argumento de hondo significado y atractivo, en las actuales circunstancias de impulso y renovación eclesial. Arriesgado, por la densidad espiritual de la figura del Fundador del Opus Dei, protagonista de una apasionada andanza, en este atormentado y dramático siglo de la historia de la Iglesia y del mundo.

Un grupo de autores —de reconocido y justo mérito en el campo de las ciencias teológicas y filosóficas— exponen en estas páginas algunas reflexiones sobre el espléndido legado de un Fundador. Este número es una atalaya sobre un panorama de temas y planteamientos, marcados por la huella vigorosa y característica de un hombre providencial para nuestro tiempo y para la Iglesia.

Mons. Escrivá de Balaguer pertenece a ese número selecto de apóstoles, profetas, evangelizadores, pastores, doctores... (cfr. Eph 4,11), que han contribuido en manera singular a la edificación del Cuerpo de Cristo. Nacen como hijos de su tiempo, pero lo trascienden. Porque poseen el don de encarnar radicalmente el espíritu evangélico, con una vigencia y efectividad que atraviesa todas las edades y latitudes. La profunda humanidad del Fundador del Opus Dei reflejaba los rasgos e inquietudes de nuestra época; pero su carisma —carisma de elegido para realizar una *obra de Dios*— le ponía en un plano superior, lo proyectaba ya en el futuro. Por eso anticipó lo que han sido los grandes temas de la acción pastoral de la Iglesia en los albores del tercer milenio de su historia.

No es mi intención analizar, en estas breves páginas, la fisonomía eclesial de Mons. Escrivá de Balaguer, al estilo de las reflexiones recogidas en el sumario de este número. Me propongo, en cambio, aportar algunas consideraciones dictadas por el recuerdo de amigo y el sabor de su conversación, en momentos cruciales.

Cuando se desarrollaban los trabajos del gran Concilio ecuménico Vaticano II, allá por los años sesenta, mis frecuentes viajes a Roma me permitieron intensificar el trato con Mons. Escrivá de Balaguer. Me fascinaba su personalidad: era de una comunicatividad atrayente, amable; sintonizaba enseguida con su interlocutor. Lo suyo no era sólo la cordialidad de un hombre habituado a ponerse en el punto de vista ajeno; se percibía que aquello brotaba de una raíz profunda. Me refiero a su sentido sobrenatural —fe vivida, fe encarnada— y a una sensibilidad apostólica que desbordaba. Decía no tener preocupaciones, sino ocupaciones. Y pronto se echaba de ver que unas u otras se condensaban en un único afán: las almas, la felicidad de las almas y el crecer de la Iglesia. Hablando con él —entonces, si no recuerdo mal, apenas se movía de Roma—, se tocaba como algo vivo la cotidiana solicitud paulina por todas las iglesias (cfr. 2 Cor 11,28).

Quizá sea oportuno recordar algunas facetas de aquellos años de Concilio. Porque ha pasado más de un decenio, y la perspectiva no es la misma. Ahora se subraya el compromiso de la Iglesia —signo eficaz de salvación— hacia cada hombre, creyente o no creyente, tomado en su singularidad irrepetible, para ayudarlo a descubrir la inmensa dignidad de su origen y destino, tal como nos ha sido revelada en Cristo. Este es el tema de las recientes encíclicas de Juan Pablo II, aplicación de la entraña pastoral de los decretos conciliares.

Pero, mientras se trabajaba para plasmar aquellos documentos según las inspiraciones del Espíritu Santo, la problemática era diversa. La Iglesia se interrogaba, debía interrogarse sobre sí misma, y sobre su misión salvífica, en un mundo entreverado —rasgado— por la indiferencia ante los valores del espíritu. Que ese autoexamen fuera para algunos ocasión de incertidumbre, de vacilación o —como prefería decirse— de crisis de identidad, nadie podía ignorarlo.

En ese ambiente, me impresionó el optimismo, la confianza, la serena seguridad con que Mons. Escrivá de Balaguer enjuiciaba y hablaba de aquellos acontecimientos. Sus apreciaciones eran incisivas, realistas, penetrantes. Captaba la gravedad de los problemas, vibraba con las perspectivas pastorales, y sé que sufría ante desmanes y deslealtades con la Iglesia. Pero, como expresaría en una homilía de aquellos años: “la salvación continúa y nosotros participamos en ella: es voluntad de Cristo que —según las palabras fuertes de San Pablo— cumplamos en

nuestra carne, en nuestra vida, aquello que falta a su pasión, *pro Corpore eius, quod est Ecclesia*, en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia (cfr. Col 1,24)”¹.

Base de tal optimismo activo y penitente era su fe inquebrantable en la Iglesia —*a pesar de los pesares*, apostillaba; es decir, por encima de las miserias humanas—, el convencimiento de que la barca de Pedro superará siempre indemne todas las tempestades. Insistía en que todo cristiano, cada cristiano concreto, está llamado a expandir la obra redentora. Pero, para eso, no bastaba —con ser indispensable— el *senti-re cum Ecclesia*, la integridad en la doctrina; era preciso también jugar-se la vida, es decir, *vivir* radicalmente en la Iglesia y para la Iglesia.

La homilía que he citado anteriormente —dedicada al Espíritu Santo, el Gran Desconocido—, a mi modo de ver, revela la actitud de Mons. Escrivá de Balaguer en aquellos momentos críticos. Escuchaba las quejas que le confiaban, pero replicaba con firmeza que nadie está autorizado “a juzgar a la Iglesia de manera humana, sin fe teologal, fijándose únicamente en la mayor o menor cualidad de determinados eclesiásticos o de ciertos cristianos. Proceder así, es quedarse en la superficie. Lo más importante en la Iglesia no es ver cómo respondemos los hombres, sino ver lo que hace Dios. La Iglesia es eso: Cristo presente entre nosotros; Dios que viene hacia la humanidad para salvarla”².

Esta concepción teologal de la Iglesia, presencia en el mundo de Cristo Salvador, no es ciertamente nueva. Pero había una seria novedad en el modo de entenderla por parte de Mons. Escrivá de Balaguer. Profundizaba hasta la raíz y extraía sin vacilaciones, infatigablemente, todas las consecuencias. Por ejemplo, él, que con auténtica y sencilla humildad se veía un pecador, al mismo tiempo era consciente de que como sacerdote actuaba *in persona Christi*. De ahí su marcado sentido de responsabilidad, porque entre los hombres, de un modo misterioso, personificaba a Cristo. Somos, decía con frase convincente, *Cristo que pasa*; somos Iglesia.

La tensión a identificarse con Cristo y, por tanto, con su Cuerpo místico, es uno de los puntos centrales de la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer. Quería grabarlo a fuego en cada cristiano, en cada hombre, en cuanto que todos y cada uno son llamados a formar parte de la Iglesia y están invitados a injertarse en el Cuerpo de Cristo, para desempeñar una misión eclesial.

1. *Es Cristo que pasa*, n. 129.

2. *Ibidem*, n. 131.

Se trata de un principio de extraordinaria trascendencia, y que resuelve en su raíz tres aparentes antagonismos, no siempre superados en la práctica pastoral: la contraposición entre comunitarismo e individualismo, entre misión específica del sacerdote y del laico, y entre verticalismo y horizontalismo. O, si se prefiere formularlo de un modo positivo, el engranaje entre pueblo y persona, el enlace entre el sacerdocio ministerial y el universal, la articulación entre la dimensión divina y la humana, de la acción evangelizadora y santificadora de la Iglesia.

“Ser cristiano —notaba Mons. Escrivá de Balaguer— es haber sido regenerado por Dios y enviado a los hombres, para anunciarles la salvación”³. Primero, el bautismo, que regenera, que endiosa, que cristifica: es obra de Cristo por su Iglesia. Después, pero simultáneamente, la misión de ser pregonero de la Buena Nueva ante los hombres: ser Iglesia por Cristo. En esta perspectiva se comprende que no cabe plantear una contraposición entre comunidad y persona —si es la primera quien hace al creyente, o al revés—, puesto que es Cristo quien actúa sacramentalmente en una y otra: se une directamente a cada bautizado y, solidariamente, los une a todos, injertándolos en su Cuerpo místico. El cristiano no será nunca una pieza aislada —*un verso suelto*, decía el Fundador de la Obra—, porque ya la comunidad eclesial está presente en él, aun cuando físicamente viajara a otro planeta.

Por lo que se refiere al tema de la promoción del laicado, es bien sabido cómo a veces ha sido entendido equivocadamente como una simple promoción a oficios culturales, o de suplencia del sacerdote. En el texto citado poco antes, se ve cómo Mons. Escrivá de Balaguer captaba la específica positividad de la vocación laical, del *ser cristiano*. Sacerdotes y laicos ocupan funciones eclesiales esencialmente diversas, que no se confunden, ni se contraponen. Recuerdo con particular alegría la ordenación —que pude conferir, en el Santuario de Torreciudad— de cincuenta y siete sacerdotes del Opus Dei, hace pocos años. Todos eran profesionales distinguidos: médicos, arquitectos, abogados... Hasta entonces habían vivido su vocación cristiana con profundo empeño, en y desde su vocación profesional. Sabían, sin embargo, que el sacerdocio les llamaba a ser *dispensadores de los misterios de Dios* (1 Cor 4,1), en y desde el oficio pastoral que la Iglesia les encomendaba con el sacramento del Orden. Laicos, por tanto, que no sustituyen, sino que se convierten en sacerdotes; y laicos que, por otro lado, si así lo hubiesen querido, podían haber proseguido su misión de llevar a Cristo a todos los ambientes del mundo.

El tercer problema debatido era la interrelación entre la dimensión vertical y la dimensión horizontal en la Iglesia: su compromiso ante

3. *Ibidem*.

Dios y ante los hombres. Dos trazos que erróneamente alguno entendía como rayas paralelas; y otros, con acierto, como líneas que, en su intersección, reproducen la Cruz de Cristo, el símbolo por antonomasia de la reparación y de la redención del pecado. Así lo entendía también Mons. Escrivá de Balaguer, pero con un matiz completamente original.

Recuerdo que, en la sede central del Opus Dei, en Roma, me llamó la atención ver —en varios lugares y a modo de adorno— una especie de emblema. Se trataba de una cosa muy simple: una cruz inscrita dentro de un círculo. Es un modo gráfico de representar una intuición del Fundador del Opus Dei. Lo divino y lo humano, lo sobrenatural y lo terreno, el empeño ante Dios y ante los hombres, no sólo están unificados —y aun elevados— en la Cruz de Cristo, sino que además se hallan insertos en la realidad del mundo. No son concebidas como dimensiones simplemente entrecruzadas, pero en el fondo sueltas, dejadas en el aire. Ambas aparecen inseparablemente ensambladas dentro del círculo de la vida corriente de los hombres. Más aún, son alegoría del cristiano que lleva la Cruz en el mundo, en su ambiente, y lo vivifica desde dentro. Por eso la Cruz está en la raíz de la espiritualidad genuinamente laical del Opus Dei.

La aún breve historia de estos años que han seguido a la conclusión de los trabajos del Concilio, las vicisitudes de la aplicación de sus decretos, las experiencias hasta ahora recogidas, han confirmado la clarividencia del espíritu de Mons. Escrivá de Balaguer. Supo tomarse muy en serio el Vaticano II, distinguiendo lo que era impulso del Espíritu de los intentos de interpretación del Concilio meramente humanos. Y ha venido a ser modelo de cómo realizar la imagen auténtica de la Iglesia trazada en los documentos conciliares.

Sólo por haber fundado el Opus Dei —abriendo los caminos de la santidad a los hombres, dentro del círculo de su cotidiano quehacer—, hemos contraído una gran deuda de gratitud con Mons. Escrivá de Balaguer. Pero estoy persuadido de que, conforme pase el tiempo, más allá de la figura del Fundador, se irá descubriendo al hombre forjado a la medida de la Iglesia. Un alma selecta que, por la dedicación de su vida y la universalidad de su enseñanza, es ya modelo para todos nosotros, un signo de la perenne vitalidad de la Iglesia de Cristo.